

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, OCTUBRE 15 DE 1872.

{ NUM. 22.

RECREACIONES TECNOLOGICAS

PARA LOS NIÑOS.

(TRADUCIDO POR JUAN OROZCO Y PRIEGO)

EL ALGODON.—EL ALGODONERO.

I

El algodónero.

He citado este fragmento de conversacion por haberme parecido propio para servir de introduccion á un capítulo consagrado á la industria algodonerá, y que demuestra toda su importancia bajo el doble punto de vista de la utilidad y de la cantidad enorme de sus productos. Ahora, para proceder metódicamente, diremos algunas palabras acerca del algodónero.

Las tres grandes especies de algodónero cultivado pertenecen á la familia de las malvas (malvaceos), de la que constituye un género el algodónero. Los caracteres genéricos comunes á las tres especies, son los siguientes: frutos en cápsulas redondas ú ovals, puntiagudas en el vértice, divididas en tres ó cuatro gajos en los cuales está contenido el fruto.

Los gajos se entrecienden en la época de la madurez, por la fuerza expansiva del algodón. Cada gajo contiene varios granos de color variable, y fuertemente adheridos al fruto.

El algodónero herbáceo.—El algodónero herbáceo, á pesar de su nombre, se levanta sobre un tallo fuerte y duro, teniendo mas de árbol que de yerba. La planta rara vez tiene mas de un metro de altura. Sus hojas son de un verde oscuro con venas pardas. La flor es de un amarillo azufrado muy parecida á la de la malva; al caer se descubren las cápsulas que contienen á la vez los granos y los copos.

Aunque se cultiva el algodón herbáceo como planta anual, puede durar varios años; pero los cultivadores sacan mas provecho renovándola todos los años.

El cultivo del algodón herbáceo es el mas comun y suministra la mayor parte del algodón importado en Europa. Los cultivadores reconocen un gran número de variedades del algodón herbáceo. Los caracteres por los cuales se les distingue, se derivan del suelo ó del cultivo; en una palabra, son puramente accidentales y pasajeros, ó indican realmente una variedad nativa: esto es lo que me parece que no se ha estudiado detenidamente para poder resolver la cuestion.

En fin, el algodónero herbáceo es el mas precoz y su cultivo puede hacerse mas al Norte, sin pasar sin embargo de las partes mas calientes de las regiones templadas.

Se obtienen cosechas regulares en Italia, en España y en Francia: en las orillas del Mediterráneo se ha intentado aclimatarlo; pero los gastos que son necesarios para suplir la insuficiencia del clima, que no es bastante para su fructificacion, han hecho desistir de esta empresa á todos los que la han intentado. El algodón cosechado en Ciotat vale á mas de ocho francos el kilógramo, lo que no valen los algodones americanos, pues llevados al Havre, cuestan la mitad de aquel precio.

El algodónero de árbol.—El algodónero de árbol alcanza apenas la talla y la frondosidad de nuestras lilas. Su flor es de un rojo violado. No se sabe afirmativamente si es originario del Asia ó de América, pues era conocido en Asia desde la antigüedad mas remota, y los españoles lo encontraron cuando descubrieron el Nuevo-Mundo.

El algodónero arbusto.—Esta especie parece originaria de la China, de donde se estendió á las islas del mar de las Indias, y de la isla de la Reunion (Borbon), ó de la de Francia, fué trasportado á América. Por el aspecto y el tamaño, el algodónero ar-

busto ocupa un término medio entre las dos especies precedentes. Tiene una variedad blanca y otra amarilla: esta última suministra el algodón que sirve para hacer la tela llamada *nankin*. En fin, se encuentra en algunas partes de América un algodón de muy pequeñas dimensiones que da un fruto muy fino, pero en una cantidad muy corta. Su cultivo está limitado siempre á ciertos cantones. Ya he dicho otra vez que de las tres especies, el algodón herbáceo es el que exige menos calor para fructificar. El algodón de árbol al contrario, no puede prosperar sino en las regiones mas calientes. Sin embargo de todo esto, todas las especies crecen mejor en los lugares próximos al mar, pues de los países situados en las orillas del Océano, es de donde nos llegan los mejores y mas hermosos algodones. La cosecha del algodón no se hace de un solo golpe, dura varios meses, pues es necesario todas las mañanas, antes de salir el sol, recoger las cápsulas que se han abierto durante la noche, pues la menor lluvia, lo mismo que la acción de los rayos solares, cuando la cápsula está madura y en su tallo, alteran el color del fruto y le quitan sus propiedades.

Pasan de siete á ocho meses, segun la marcha de la estación, entre la siembra de las semillas y el principio de la cosecha. En esta época, un campo de algodones ofrece á la vista un espectáculo muy hermoso.

Figúrese el efecto de un inmenso tapiz de follaje, á la vez oscuro y brillante, salpicado por millares de flores de un amarillo suave, y de cápsulas de donde se escapan copos brillantes y argentinos. A medida que se cosecha el algodón, se procede á su deshuesamiento, que consiste en separar el fruto de los granos, que tiene fuertemente adheridos. Si fuera necesario ejecutar esta operación puramente con el auxilio de los dedos, seria una operación muy penosa y exigiria una paciencia suma, que parece que solamente poseen los indios, pues pasan un día entero en deshuesar una libra de algodón. Todos los pueblos, hasta los mas bárbaros, tienen algun instrumento que es mas ó menos perfecto, pero que abrevia considerablemente esta fastidiosa tarea. Ningun instrumento puede compararse, por la rapidez y perfección con que se mueve, con el *saw-gin* (molino aserrador) americano, que movido por una máquina de vapor ó por un golpe de agua, limpia en un día mas de quinientos kilogramos. El *saw-gin* inventado por Wilney se compone de un cilindro guarnecido con una serie de sierras circulares, paralelas y sólidamente fijas. Encima del cilindro hay un enrejado dentado puesto debajo de una tolva destinada á recibir el algodón bruto. Hé aquí cómo funciona el aparato: mientras el cilindro da vueltas con rapidez, el algodón bruto echado en la tolva cae sobre el enrejado, á través del cual sus fibras son atraídas por las puntas de que están armadas las sierras del cilindro. Como los granos no pueden seguir á las fibras á causa de su tamaño y volumen, quedan sobre el enrejado y se escapan por una abertura practicada para el efecto. Una especie de cepillo redondo quita al raspador las fibras que se le adhieren. En los Estados-Unidos, el algodón, antes de ser empacado, se somete á una limpia enérgica en máquinas que la ejecutan poco á poco, como nuestras cribas para cerner trigo. Esta operación tiene por objeto limpiar el algodón de todas las materias pulverulentas, como pedazos de cápsulas y todos los desperdicios que pueden encontrarse mezclados.

El deshuesamiento y la limpia del algodón requieren de parte del cultivador mucha atención, pues de esto depende en gran parte el valor comercial de su cosecha, pues si está mezclada con suciedades, granos y pedazos de cápsulas, ó bien la máquina para deshuesar, á consecuencia del descuido ó inutilidad del maquinista, ha roto los hilos, los ha apelonado y enredado en lugar de estenderlos, no solamente encuentra con dificultad un comprador, sino que ni aun así puede deshacerse de él, si no es á un precio muy bajo, por mucha que sea su hermosura y su bondad natural.

[Continuará.]

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

(EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA ÁNGELA NIETO.)

Por mas poética que sea cualquiera agonía, siempre tiene mucho de dolorosa.

Es muy poética la caída de las hojas, pero es una agonía.

Es la agonía del año.

La agonía de la naturaleza.

Aquellas hojas tan verdes, tan frondosas, que ornaban los troncos de los árboles, comienzan á perder su verdor.

Ya no se columpian en alas de la brisa, produciendo ese agradable murmullo que parece su lenguaje.

Palidecen, se inclinan hácia abajo, como inclinamos nuestra frente cuando un hermoso sueño ha dejado de acariciarla, ó cuando la luz de la esperanza parece apagarse para siempre.

Ya van perdiendo su frescura.

Cambian poco á poco el color verde, por el triste color amarillo.

Entonces, les falta fuerza para permanecer unidas á las ramas, y caen.

Pero caen al pié del tronco que les dió la vida.

Parece que no quieren separarse de él; mas el huracán las arrebató sin compasión, llevándolas en sus alas, envueltas en torbellinos de polvo.

Las lleva lejos, muy lejos.

Como se lleva las palabras, por mas que sean tiernas ó elocuentes.

Las separa, las esparce, como separa la muerte á los seres que se aman.

Cuando ha llegado el invierno, con su blanco capuz de nubes y de hielo, causa dolor contemplar los desnudos troncos de los árboles, el rosál de espinoso tallo, desnudo de hojas y de flores.

Todo esto da á la naturaleza un aspecto tan triste, que se siente oprimido el corazón.

Casi ni se piensa.

O si acaso, se piensa en cosas tristes.

¡Con razón hubo hace poco acá en la tierra, un ángel que eligió para desprenderse de este mundo, el momento en que las hojas caen de los árboles!

Su blanca frente, en que se veía brillar la luz clarísima de la inteligencia, quiso engalanarse con las últimas flores del año.

Su alma amaba lo bello, y abandonó este triste valle, para elevarse al mundo de lo bello.

Era espiritual y se elevó al mundo de los espíritus hermosos.

Se hizo querer de cuantos la rodeaban, y el hogar que alegraba con sus cantos, quedó triste y desierto á su partida.

¡Angela! si los ángeles ven desde los cielos á los amigos que dejaron en el mundo, tú habrás visto que nuestras lágrimas han regado abundantemente las blancas azucenas que crecen en tu tumba!

¡Descansa en paz, é implora por nosotros!

México, Octubre 1º de 1872.

ANGELA LOZANO.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXIX

Terminada que fué la ligera colación, continúan su camino nuestros viajeros, no sin echar de menos aquellos dulces y aquella fruta que á la hora de los postres solían *acentuar* tan agradablemente las comidas del hogar paterno. Con todo, *su pena cada cual en l'alma esconde*, como dijo no sé qué traductor del Dante. Pero la Providencia, siempre compasiva, les depara de pronto una mata de fresas.

¡De fresas! ¡oh júbilo! ¡oh ventura, tanto mayor cuanto mas inesperada! — «No me parecen mal las fresas de la ribera del Nilo,» dijo Elena probando una. — «Algo mas pequeñas son que las de México, y no tan dulces como las que sirven en Fulcheri,» contestó Fernando con el tono seguro del apreciadador inteligente. Lo cual no fué obstáculo para que se las engullera de lo lindo.



XXX

Siguen adelante, y llegan al pié de una enorme roca, cuya cima no alcanzan á distinguir. — «¿Qué montaña es esta tan inmensa?» preguntó Elena. — «Este debe de ser el Sinaí, ó el Chimborazo..... El Chimborazo es, no cabe duda; sabrás que es la montaña mas alta del mundo, y ya ves esta, que no puede serlo mas. Vamos, prima, hay que trepar hasta la cumbre,» dijo Fernando. Bien quisiera Elena

rodear ántes que subir, y aun hizo mocion en ese sentido. — «¡De ninguna manera! exclamó Fernando; ¿no sabes tú que todo viajero, y mas si, como nosotros, es descubridor, ha de trepar á cuantas montañas le salgan al paso?» — «Trepemos, pues, en nombre de Dios,» contestó Elena, cediendo, como siempre, al prestigio de su sábio, atrevido y pundonoroso primo.

EL INFORTUNIO NO ES SIEMPRE UN CASTIGO.

Armando, acompañado de su padre, se paseaba por las calles de la ciudad, deteniéndose de cuando en cuando á ver los objetos que se ofrecian al público en las vidrieras de las tiendas. De repente suelta la mano de su padre, y se lanza corriendo á la acera opuesta.

Busca el padre el objeto que habia causado tanto terror á su hijo, y solo ve un pobre mendigo sin piernas, que se arrastraba sobre sus manos cubiertas de unas manoplas de cuero.

Dirigióse pausadamente al lugar donde le esperaba su hijo, y le preguntó qué le habia hecho huir tan precipitadamente.

—¿No ves, papá, dijo Armando, aquel pobre que se arrastra por el suelo?

—Sí, hijo mio; pero mas veo en él objeto de compasion que de terror.

—Pero ¿no sabes, replicó el niño, que Dios lo ha castigado así por haberlo su madre maldecido?

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? preguntó el padre.

—María, nuestra criada, respondió el niño, me ha dicho que esos hombres que se arrastran de ese modo, llevan consigo las maldiciones de sus padres.

—Terribles serian, hijo mio, las consecuencias de semejante maldicion, si hubiera madre que deseara males á sus hijos, y Dios que oyera tan horribles votos. Vence, pues, esa tu culpable repugnancia, y vé á decir á aquel desgraciado, que vaya todos los sábados á casa á recibir algun socorro.

Acercóse el niño temblando al pobre inválido, y cumplió con el encargo de su padre.

El sábado siguiente, viendo al mendigo en el zaguán, el padre vino con su hijo á darle la limosna.

¿Qué accidente os ha puesto en ese triste estado? preguntó al pobre.

¡Ah, señor! respondió este, muchos años hace que sufrí esta desgracia, y la llevo con resignacion, porque me recuerda que he cumplido con uno de los deberes mas sagrados.

¿Cómo así? preguntó el padre.

Después de la muerte de su marido, dijo el pobre, quedé mi anciana madre en la mayor pobreza; y como mi hermano mayor tenia suma aficion al vino y á las cartas, y ninguna al trabajo, yo solo con el mío la mantenía pobremente. Poco después, habiendo mi hermano cometido un gran crimen, se vió precisado á huir de la justicia, y á buscar refugio en un país extranjero. Desde entonces me fué imposible hallar trabajo, porque todos lo rehusaban al hermano de un ladron y asesino.

¿Qué habia de hacer? Estaba á la sazón un oficial reclutando gente para la guerra; y como ofrecian una buena prima, me enganché sin permiso de mi madre. Recibido el dinero, se lo entregué á ella y partí para la guerra. En la primer batalla, una bala de cañon me llevó las dos piernas: fuí conducido al hospital; y cuando después de curado, se me dió la licencia absoluta y volví á mi ciudad natal, ya mi madre habia dejado de existir. Faltó entonces de medios, e inhabilitado para el trabajo, he tenido forzosamente que recurrir á implorar la caridad del público.

¿Y vuestro hermano? le preguntó el padre. Mi hermano, respondió el mendigo, hizo en California una fortuna colosal, y está establecido en ese punto, gozando de las mayores comodidades y tal vez

feliz, si puede serlo el que siente el peso de una conciencia criminal.

Cuando se fué el mendigo, llevó el padre á Armando á su gabinete, y le dijo: Hijo mio, espero que hayas salido del error en que estabas. Ya ves que no son siempre las desgracias de la vida el castigo de los pecados de los hombres, ni la buena suerte que á muchos toca, el premio de las virtudes.

¡Desgraciado de tí si no tienes mas estímulos para ser virtuoso que la recompensa que se recibe sobre la tierra! No: los dones de la fortuna no son siempre el premio de la virtud, como tampoco del mérito y del talento. En el discurso de tu vida verás que nada en la abundancia el que reunió caudales por inicuos medios, mientras el laborioso artesano no tiene, después de muchos años de trabajo, con qué alimentar á sus hambrientos hijos. Cuenta también con que verás muy á menudo, al sábio gemir en la miseria, y tal vez implorar la caridad del ignorante.

Así andan las cosas de este mundo, hijo mio; pero no olvides jamás que existe otro mejor en que la virtud y el mérito hallarán la mas cumplida recompensa.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCTARNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO I.

Del método, considerado como parte de la buena educacion.

X

La esposicion de las cartas que se nos dirigen, á la vista de cualquiera que entre á vernos, es no solo contraria al método, sino que incluye una falta injustificable á la fé que en nosotros han depositado sus autores, aun cuando ellas no sean ni puedan considerarse de carácter reservado.

XI

Llevemos siempre una cuenta exacta en que aparezcan nuestras deudas, nuestras acreencias y nuestros gastos; y no veamos llegar jamás con tranquilidad el vencimiento de un plazo en que debamos pagar alguna cantidad, si no tenemos los medios de desempeñarnos. El primer descuido en que incurramos en materia de pagos, será el primer paso que demos hácia la pérdida de nuestro crédito; y no olvidemos nunca que esta es una de las mas grandes desgracias que pueden acontecernos en la vida, si no fuere ella misma la mayor de todas.

XII

También llevaremos un *memorandum* en que anotaremos los encargos que se nos hayan hecho, las cartas que tengamos que escribir, las visitas que debamos hacer, los aplazamientos que háyamos aceptado, las reuniones á que debamos concurrir, y todos los compromisos de esta especie que háyamos contraído.

XIII

La escrupulosa exactitud á que nos acostumbra el método en nuestra casa, nos hará cuidar de lo ajeno como de lo nuestro; devolver oportunamente y sin deterioro ni menoscabo lo que se nos ha prestado; concurrir á donde estamos invitados, á la hora que se nos ha fijado; prepararnos con la debida anticipacion para pagar lo que debemos, en el dia señalado; y formando, en fin, en nosotros el hábito de la fidelidad en el cumplimiento de nuestros deberes y compromisos, nos evitará el hacernos gravosos y molestos á los demás, y nos dará crédito, estimacion y respetabilidad.

XIV

La vida es muy corta, y sus instantes corren sin jamás detenerse; así es que solo en la economia del

tiempo podemos encontrar los medios de que nos alcance para educarnos é ilustrarnos, y para realizar todos los planes que pueden hacerla útil á nosotros mismos y á la sociedad.

XV

Acostumbrémonos, pues, á proceder con método en todas nuestras operaciones, sobre todo en los trabajos mentales, los cuales ordenaremos de modo que no se confundan unos con otros; principiando nuestros estudios por las materias mas elementales y menos difíciles, y destinando horas diferentes para los de diferente naturaleza, buscando los medios de adquirir los conocimientos con el menor empleo de tiempo que sea posible, y no recargándonos nunca con mas estudios, que aquellos que podamos hacer con un sólido provecho y sin fatigar nuestro entendimiento.

XVI

Pero tengamos siempre muy presente que el exceso en el método, como en todo lo demás, viene á ser tambien un mal de que debemos apartarnos cuidadosamente. Es insoportable el trato de las personas que tienen sometidas á severas reglas las mas insignificantes operaciones de la vida, especialmente el de aquellas á quienes ninguna consideracion social, ni accidente alguno, por grave que sea, las hace alterar nunca una sola de sus costumbres. Y es bien digno de notarse que los que así se conducen, son por lo regular personas tercas, caprichosas, y de un carácter duro é intolerante.

XVII

En la mujer es el método acaso mas importante que en el hombre, pues á mas de serle á ella aplicables todas las observaciones que preceden, su destino la llama á ciertas funciones especiales, en que necesariamente ha de ser el método su principal guía, so pena de acarrear á su familia una multitud de males de alta trascendencia. Hablamos del gobierno de la casa, de la inmediata direccion de los negocios domésticos, de la diaria inversion del dinero y del grave y delicado encargo de la primera educacion de los hijos, de que depende en gran parte la suerte de estos y de la sociedad entera.

XVIII

La mujer inmetódica ofrecerá, en cuanto la rodea, el mismo cuadro que ofrece el hombre inmetódico, con todas las desagradables consecuencias sociales que hemos apuntado. Pero ella no quedará en esto solo; porque comunicando su espíritu de desorden á todo el interior de su casa, al desperdicio del tiempo se seguirá el desperdicio del dinero, al mayor gasto los mayores empeños, y á los empeños la ruina de la hacienda. Además, como las costumbres de la madre de familia se transmiten directamente á los hijos por ser en su regazo adonde pasan aquellos años en que se graban mas fácil y profundamente las impresiones, sus malos ejemplos dejarán en ellos resabios inestinguibles, y sus hijas, sobre todo, que á su vez llegarán tambien á ser madres de familia, llevarán en sus hábitos de desorden el gérmen del empobrecimiento y de la desgracia.

EL FUEGO Y EL AGUA,

(FABULA.)

Puesto al fuego cierto dia
Con agua un puchero estaba
Muy caliente;
Y al calor que recibia,
El agua se evaporaba
Lentamente.

El fuego, como enemigo
Que es del agua, estaba loco
De contento,
Al verla allí como digo,
Irse en vapor poco á poco
Por el viento.

—«Conque eres tú, le decia,
La que á apagarme se lanza
Tantas veces?
Pues ahora llegó ya el dia
De tomar de tí venganza,
Y con creces.

Hoy pagarás las injurias
Que me ha causado prolija
Tu ira fiera,
Pues no temo ya tus furias,
Viéndote en esa vasija
Prisionera.»—

Dijo, y siguió con gran calma
Dándole calor ligero
Lentamente;
Y al agua se le iba el alma
Por la boca del puchero
Tristemente.

Si el fuego así, poco bravo,
En su prudente tardanza
Prosiguiera,
No dudo que al fin y al cabo
Su apeteida venganza
Consiguiera.

Por desgracia, parecióle
Que debia estar su fragua
Mas caliente;
Y un soplo al Cierzo pidióle,
Y empezó á bullir el agua
Prontamente.

Alegre al oír sus sonos,
Redobló su llama ciego
Como él solo;
Mas saltando á borbotones,
Cayó el agua sobre el fuego,
Y apagólo.

—«Ves, ella le dijo, el luto
En que se halla tu esperanza
Convertida?
Pues siempre dará igual fruto
La pasion de la venganza
Maldecida.

Malísima consejera
Vino la ira á cegarte,
Fuego y todo:
Mejor perdonarme fuera,
Que no dañarme y dañarte
De ese modo.»

LA PLEGARIA DE LA TARDE.

El sol se oculta en el ocaso. María entabla con su madre el diálogo siguiente:

MARIA.—Mamá, ¿quieres decirme por qué cantan tanto á estas horas los pajaritos del jardin?

LA MADRE.—Hija, es que se despiden del sol, y hacen á su Creador la plegaria de la tarde.

MARIA.—¿A su Creador, mamá?

LA MADRE.—Sí, hija mia, á su Creador, es decir, al Sér que los formó.

MARIA.—¿Y yo no tengo tambien un Creador?

LA MADRE.—Sí, el mismo Sér que formó esos pajaritos; el mismo que hizo esas flores y esos frutos, y las estrellas que verás brillar dentro de poco, y el sol que acabas de ver ocultarse; ese mismo Sér que hizo tantas cosas bonitas, es tambien tu Creador.

MARIA.—¿Y por qué le dan gracias los pájaros?

LA MADRE.—Porque en todo este dia no les ha faltado que comer; porque si ha llovido han tenido un árbol y sus plumas para abrigarse; porque si tenían sed, han encontrado una fuente cristalina en que apagarla.

MARIA.—Oye, mamá, tocan las campanas; ¿por qué?

LA MADRE.—Esas campanas recuerdan á los cristianos que el dia se ha acabado.

MARIA.—Yo soy cristiana, y he tenido pan, agua, casa, todo, todo he tenido.

LA MADRE.—¿Qué crees, pues, que debes hacer?

MARIA.—Debo hacer, como los pájaros, la plegaria de la tarde.

LA MADRE.—¡Bendita seas! Arrodiémonos, y hagamos la plegaria. Repite lo que yo diga: «¡Oh, Señor! que habeis formado el cielo y la tierra, las estrellas y el sol, los pájaros que nos halagan con sus cantos, las flores que adornan el jardin, la fuente cristalina, los frutos y los árboles que nos protegen con su sombra, ¡alabado seais por todas las criaturas!»

Octubre 1º de 1872.

A. L.

EL LATIGO.

(FABULA.)

La madre de un muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino,
Y el muchacho, grandísimo galopo,
Le hurtaba una porcion de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la villana idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intencion, por lo visto, mucho menos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la madre de notar la sisa,
Y reg'strandó con afan prolijo
El arca donde el hijo
Guardaba con su ropa sus peones,
El látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
Y al muchacho le dió tan recia tunda,
Que á contar de las piernas al cogote,
No le dejó lugar libre de azote,
Diciendo, al batanarle de alto á bajo:
Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.

*Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.*

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA
PARA LOS NIÑOS.

I

A cien piés de distancia cierta gata
Ve pasar una rata
Que se aleja pié y medio por minuto.
El cazador astuto,
Mejor dicho, la astuta cazadora,
Que anda noventa piés en media hora,
Ya con medidos pasos, ya arrastrando,
A la rata infeliz vase acercando.
A las diez comenzó la cacería;
Y yo saber querria
Cuál va á ser el momento
En que comience, ¡oh rata! tu tormento.

II

Seis saltos de un perro
Equivalen á cuatro de un zorro,
Del zorro dos saltos
Equivalen á nueve de un mono;
Un salto del perro,
Dos del mono y catorce del zorro
Componen cien varas;
Lo que salta cada uno lo ignoro.

MÁXIMAS DE MORAL.

Un jóven que oculta sus faltas á su director, es imprudente, pues se priva de los sábios consejos que le daría para su enmienda. Es un enfermo que no quiere sanar.

Huir el vicio, es ya una especie de virtud: no hacer locuras, es empezar á ser sábio; pero no basta no hacer el mal, es necesario obrar bien.